

*Jean-Paul  
Sartre*



**EL PENSAMIENTO  
POLITICO DE  
PATRICIO  
LUMUMBA**

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa  
**Euskal Herriko Komunistak**

# El pensamiento político de Patricio Lumumba

---

Jean-Paul SARTRE

*Este trabajo ha sido convertido a libro digital por militantes de EHK, para uso interno y forma parte del material de trabajo para el estudio, investigación y formación del pensamiento marxista*

<http://www.ehk.eus>

<http://www.abertzalekomunista.net>

I. La empresa

II. Las razones del fracaso

[Fuente](#)

## I

### LA EMPRESA

Lumumba, Fanon: estos dos grandes muertos representan a África. No sólo a sus respectivas naciones sino a todo su continente. Leyendo sus escritos, observando sus vidas, se les podría tomar por dos adversarios encarnizados. Fanón, martiniqués, biznieto de esclavo, abandona un país que en ese momento no ha tomado conciencia de la personalidad antillana y de sus exigencias. Se une a la rebelión argelina y combate, siendo negro, entre los musulmanes blancos: arrastrado con ellos a una guerra atroz y necesaria, adopta el radicalismo de sus nuevos hermanos, se convierte en el teórico de la violencia revolucionaria y señala en sus libros la vocación socialista de África: sin reforma agraria y sin nacionalización de las empresas coloniales, la independencia es una palabra inútil Lumumba, víctima del paternalismo belga — sin élite, sin problemas— no posee, a pesar de su gran inteligencia, la cultura de Fanón; por el contrario, parece tener, a primera vista, sobre él, la ventaja de trabajar en su propia tierra por la emancipación de sus hermanos de color y de su país natal. El movimiento que organiza y del que se convierte en jefe indiscutible ha repetido cientos de veces que sería no violento y, a pesar de las provocaciones o de algunas iniciativas que siempre ha desaprobado, es por la no violencia

por lo que se impone el M.N.C.<sup>1</sup> En cuanto a los problemas de estructura, Lumumba definió claramente su posición en sus conferencias en **Présence Africaine**: «No tenemos opción económica».

Entendiendo por esto que las cuestiones políticas —independencia, centralismo— estaban en primer lugar, que era necesario lograr la descolonización política para poder crear los instrumentos de descolonización económica y social.

Pero lejos de combatirse, esos dos hombres se conocían y querían. Fanón me habló con frecuencia de Lumumba; él, que con tanta rapidez reaccionaba cuando un partido africano se mostraba inseguro o reticente sobre la cuestión de cambio de estructuras, nunca le reprochó a su amigo congoleño el convertirse, aun involuntariamente, en el testaferro del neocolonialismo. Al contrario, veía en él al adversario intransigente a todo tipo de restauración de un imperialismo disimulado. Sólo le reprochaba —y podemos adivinar con qué ternura— esa inalterable confianza en el hombre que motivaron su fin y su grandeza. «Se le mostraban pruebas, me contó Fanón, de que uno de sus ministros lo traicionaba. Iba a verlo, le mostraba los documentos, los informes y le decía: «¿Eres un traidor?» Mírame a los ojos y respóndeme». Si el otro negaba, sosteniéndole la mirada, Lumumba concluía: «Está bien te creo». —Pero esa inmensa bondad que algunos europeos llamaban candidez, Fanón la consideraba nefasta en esa oportunidad: tomándola por sí misma, se sentía orgulloso de ella, veía en ella un rasgo fundamental del africano.

Varias veces el hombre de la violencia me dijo:

«Nosotros, los negros, somos buenos; nos horroriza la crueldad. Durante mucho tiempo creí que los hombres de África no luchaban entre ellos. Desgraciadamente, corre sangre negra, algunos negros la hacen correr, correrá todavía durante mucho tiempo: los blancos se van pero sus cómplices están entre nosotros, armados por ellos; la última batalla del colonizado contra el colono, será con frecuencia la de los colonizados, entre ellos».

Lo sé: el doctrinario, como tal, veía en la violencia el ineluctable destino de un mundo que está liberándose; pero el hombre, dentro de sí, la odiaba. Las divergencias y la amistad de esos dos hombres señalan a la vez las contradicciones que devastan a África y la necesidad común de superarlas dentro de la unidad panafricana. Y cada uno hallaba dentro de sí esos problemas desgarradores y la voluntad de resolverlos.

Sobre Fanón, todo está por decir. Pero Lumumba, más conocido, encierra sin embargo muchos secretos. Nadie ha tratado verdaderamente de descubrir las causas de su fracaso<sup>2</sup> ni por qué el gran capital y la banca, se encarnizaron contra un gobierno cuyo jefe no dejó nunca de repetir que no iba a tocar los capitales invertidos ni a solicitar nuevas inversiones. Para ese objeto servirán los discursos que vamos a leer: permitirán comprender por qué, a pesar de la moderación de su programa económico, el líder del M.N.C. era considerado como un hermano de armas por el revolucionario Fanón, como enemigo mortal por la Sociedad General.<sup>3</sup>

Se le ha reprochado jugar doble, triple juego. Ante un público exclusivamente congoleño se desbordaba; sabía calmarse si descubría blancos, entre los asistentes, alabando o criticando en forma hábil la cuestión; en Bruselas, ante los oyentes belgas se hacía prudente, encantador, y su primera preocupación era tranquilizar. Esto no deja de ser cierto, pero lo mismo puede decirse de todos los grandes oradores: juzgan rápidamente a su público y saben hasta dónde pueden llegar. Por otra parte, el lector podrá observar que si de un discurso a otro varía la forma, el fondo no cambia. Indudablemente Lumumba evolucionó: el pensamiento político del joven

---

<sup>1</sup> M.N.C. —Movimiento nacionalista congoleño. (N. de R.)

<sup>2</sup> Ver la notabilísima obra de Michel Merlier, **Le Congo**, editada por Maspéro.

<sup>3</sup> Trust *organizado y controlado* por los capitalistas belgas, cuyas posesiones le extienden prácticamente en toda Katanga, y con el 70% de los capitales invertidos en el Congo. — (N. de R.)

el campesinado por un salario y poder vivir en su propia tierra, dentro de una de las aglomeraciones que los blancos han creado, como auxiliar de los colonos. Patricio pasó su infancia en la selva: conocemos la abominable miseria de los campesinos negros; sin las organizaciones religiosas que lo han tomado a su cargo, esa miseria sería su destino, su único horizonte. ¿Pudo comprender inmediatamente que las Misiones son los agentes reclutadores del colonato? Seguramente no. ¿Acaso vio que la vida rural es, directa o indirectamente, producto de la explotación colonial? Tampoco. En la época de su nacimiento, la administración valora las desventajas de la sujeción demasiado visible y del trabajo forzado. Trata de interesar al campesino en la producción, alienta la propiedad individual. Patricio toma la miserable independencia de su padre, dentro de la soledad del paisaje congoleño, por un estado natural: lejos de ser responsables de ello, los blancos son los señores buenos que van a sacarlo de esto. Seguramente en aquellos momentos le inculcaron extrañas ideas sobre su situación: la fe cristiana es el tributo que los jóvenes congoleños pagan a las iglesias que les enseñan a leer. Los Padres le provocaban una ambición tremenda por conocer su miseria por las causas y, simultáneamente, el deseo de resignarse. El señaló esa contradicción, más tarde, en un poema:

Pour te faire oublier que tu étais un homme  
On t'apprit a chanter les louanges de Dieu  
Et ces divers cantiques, en rythmant ton calvaire  
Te donnaient l'espoir en un monde meilleur  
Mais en ton cœur de créature humaine, tu ne demandais guère  
Que ton droit à la vie et ta part de bonheur<sup>8</sup>

La religión humilla a la vez que emancipa. Y ofrece la salvación: el mundo mejor no es más que un pretexto, pero se ven forzados a enseñar que sólo se entrará en él por el mérito y no en función del color. Cualquiera que sea el esfuerzo de numerosos sacerdotes por disfrazarlo, el igualitarismo del Evangelio conserva su valor disolvente en las colonias. No sólo actúa sobre los catecúmenos sino también a veces sobre el mismo misionero: ya sea con la intención de prevenir un congreso del Partido Socialista de la Metrópoli, ya sea por convicción, o por las dos razones juntas, los Misioneros de Scheut aprobaron en 1956 el manifiesto de Ileó, «un evolucionado» de treinta y siete años que reclamaba la independencia —a largo plazo— del Congo. Cuando, a los dieciocho años, Patricio abandona la selva para ir a Kindu, donde la Compañía Symaf lo contrata como «auxiliar de oficina», refleja un hecho muy general del éxodo rural y de la etapa capital de una «toma de conciencia». Un joven campesino que ha leído a Rousseau y a Víctor Hugo se encuentra de pronto con la ciudad; su nivel de vida se transforma radicalmente: iba a la escuela en taparrabo, va al trabajo con saco y corbata; vivía en una choza, vive en una casa y gana suficiente dinero para comprar y traer junto a sí a Pauline, su novia tutelada, con quien se casa. Trabaja frenéticamente. Los blancos pretenden sentirse sorprendidos de su capacidad de trabajo: según ellos los congoleños son generalmente haraganes. Pero los obtusos colonos no comprenden que la famosa «pereza del indígena», mito alimentado en todas las colonias, es una forma de sabotaje, la resistencia pasiva de un campesino, de un peón superexplotado. Por el contrario, el frenesí de Patricio lo sitúa durante cierto tiempo dentro de la categoría de aquéllos a quienes más tarde llamaría «colaboradores». Ahora ese hijo de campesino es un «evolucionado»; solicita una «carta de matrícula»<sup>9</sup> y la obtiene con dificultad —hay 150 matriculados en todo el territorio— gracias a la intervención de los blancos: esto significa que él

---

<sup>8</sup> Para hacerte olvidar que eras un hombre  
se te enseñó a cantar loas a Dios  
y esos diversos cánticos, ritmando tu calvario,  
te ofrecían la esperanza de un mundo mejor  
pero en tu corazón de criatura humana no pedías más  
que tu derecho a la vida y tu parte de felicidad. (N. de R.)

<sup>9</sup> Los negros con «carta de matrícula» son por entero ciudadanos y tienen los mismos derechos que los europeos. (N. del T.)

**apuesta por ellos**; ha tomado conciencia de su importancia, de la joven «élite» que se forma por todas partes. Los «evolucionados» forman una capa social que crece lentamente y que es el auxiliar indispensable de las grandes compañías y de la administración. Negro, Patricio Lumumba extrae su poderoso orgullo de sus funciones, de la instrucción recibida, de los libros leídos, de la desconfianza vagamente diferente de que lo rodean los blancos. Es precisamente en esa extraordinaria y común metamorfosis en lo que piensa cuando más tarde expone los beneficios de la colonización.

Pero su toma de conciencia es doble y contradictoria: al mismo tiempo que disfruta de su ascenso, de la estima amable de sus superiores, se da cuenta de que ya a los veinte años ha alcanzado su cénit. Aunque esté por encima de todos los negros, permanecerá siempre por debajo de todos los blancos. Claro que puede ganar más, hacerse, después de cierto aprendizaje, empleado de correos de tercera clase, en Stanleyville. ¿Y qué? Con una preparación igual y por el mismo trabajo, un empleado belga gana el doble de su salario; además, Lumumba sabe muy bien que después de ese fulminante arranque, la liebre se ha convertido, de pronto, en tortuga: necesitará veinticuatro años para llegar a ser empleado de primera clase, después de lo cual permanecerá allí hasta el retiro. Pero, de entrada, ese puesto subalterno está ocupado por el europeo que de ahí puede pasar a empleos más altos. En la Fuerza Pública sucede lo mismo: el «negro» no puede ir más allá del grado de sargento. Lo mismo en el sector privado. Los blancos lo han elevado al nivel que deseaban y luego lo mantienen allí: su destino está en manos de los demás. El prueba su condición en el orgullo y en la alienación. Por encima de su situación personal adivina la lucha de clases desnuda; a los treinta y un años escribiría:

«Existe un verdadero duelo entre empleadores y empleados con motivo de los salarios».

Pero los asalariados «evolucionados» no son el proletariado: las reivindicaciones de Lumumba se basan en la conciencia de su valor profesional —como las de los anarcosindicalistas en Europa, a fines del siglo pasado— y no en la necesidad que crean, en todas partes, las exigencias de los proletarios y del subproletariado. Más o menos en el mismo momento se da cuenta —sobre todo en Leopoldville— que lo han mistificado: su «matrícula», que tanto trabajo le ha costado, lo separa de los negros, sin asimilarlo a los blancos. Como los «noevolucionados», el matriculado no tiene derecho a entrar en la ciudad europea a menos que trabaje allí; igual que ellos, no escapa al toque de queda; se los encuentra, cuando hace las compras, en la taquilla especial reservada a los negros; como ellos, es víctima, en toda oportunidad, en todo lugar, de prácticas segregacionistas. Pero debe señalarse que el racismo y la segregación son, para él, una experiencia nueva; en la selva donde la miseria y la subalimentación tienen carta de naturaleza y se puede adivinar la verdad de las colonias que es la superexplotación, pero el racismo no puede verse, puesto que no existe contacto entre negros y blancos: el paternalismo amable de los misioneros ha podido crearle ilusiones; las prácticas discriminatorias se descubren en las ciudades, ellas constituyen la vida cotidiana del colonizado. Pero es necesario hacer una aclaración: el proletariado, derrengado, mal pagado, padece mucho más la superexplotación que la discriminación racista que es su consecuencia.

Cuando Lumumba denuncia, el 30 de junio de 1960:

«El trabajo agotador exigido a cambio de salarios que no nos permitían saciar nuestra hambre ni vestimos o alojamos decentemente, ni educar a nuestros hijos...»

habla en nombre de todos. Pero cuando añade:

«Hemos conocido que había en las ciudades casas magníficas para los blancos y chozas miserables para los negros, que no se admitía nunca a un negro ni en los cines, ni en los restaurantes, ni en las tiendas llamadas europeas; que un negro tenía que viajar en el casco de los barcos a los pies del camarote de lujo de los blancos»

es la clase de los «evolucionados» quien habla por su voz. Y cuando escribe, en 1956, que «la matrícula debía ser considerada como la última etapa de integración», defiende los intereses de un puñado de hombres contribuyendo con ello a separarlos de la masa. De hecho, los intereses de esta élite, creada por los Belgas, exigen una asimilación cada vez mayor: igualdad de los blancos y los negros en el mercado de trabajo, acceso de los africanos a todos los puestos en la medida en que reúnan las capacidades requeridas. Como vemos, lo que reivindica no es la africanización de los cuadros sino su semiafricanización. ¿No es de temer en ese caso que los negros admitidos en los puestos superiores se conviertan en cómplices de la opresión colonial o por lo menos en sus rehenes? Lumumba no está todavía consciente del problema. De hecho, en el mismo año en que Iléo exige en su manifiesto la independencia por etapas, Patricio está todavía trazando un esbozo de una «comunidad belgocongolesa». Dentro de esa comunidad pide la igualdad de los ciudadanos. Pero esa igualdad dentro de algún tiempo sólo jugará en favor de los «evolucionados»;

«Creemos que en un futuro relativamente cercano, sería posible otorgar derechos políticos a las élites congoleñas y a los belgas del Congo, siguiendo determinados criterios establecidos por el Gobierno».

Sin embargo, desde aquella época, es enemigo de aquellos a quienes más tarde designaría como «colaboradores». Es que experimenta hasta el fin la contradicción de su clase: creada en todos sus aspectos por las necesidades de la colonización, sabe que las empresas del capitalismo belga la han separado de las masas y que no tiene otro porvenir que en el propio sistema colonial; pero, en el mismo momento, ha sacado en consecuencia de su experiencia urbana, que ese porvenir le es negado definitivamente por los colonos y la Administración.

Cuando propone la «comunidad belgocongolesa», ya no cree en ella: ha descubierto "al fin la rigidez del sistema que lo ha creado para explotarlo mejor; no puede concebirse ninguna reforma por la sola razón de que el colonialismo se mantiene por la opresión y desaparece cuando hace concesiones. La única solución será revolucionaria: la ruptura, la independencia.

Iléo, como acabamos de ver, la había reclamado antes que él. Y también Kasavubu, jefe de la poderosa ABAKO.<sup>10</sup> Lumumba no «inventó» la independencia; otros descubrieron su necesidad. Sí fue, sin embargo, su promotor y su mártir, es que la quería completa y plena, sin que los acontecimientos le dieran la oportunidad de legarla. En realidad, la mayor parte de las organizaciones nacionalistas se forman necesariamente en un marco regional: el P.S.A. se estableció en Kwango Kwilu, el C.E.R.E.A. en Kivu: ellas logran —aunque difícilmente— conciliar las etnias pero, por esa misma razón, a duras penas pueden extenderse más allá de las provincias. Su nacionalismo —cuando existe— es en realidad un federalismo: sueñan con un poder central muy limitado cuya función principal sea la de unir las provincias autónomas. En Leopoldville, las cosas llegan todavía más lejos: la superioridad numérica de los Bakongo le permite a la ABAKO ser a la vez un partido regional y étnico. Para no considerar más que este último caso, resulta de ello una doble consecuencia: la ABAKO es un movimiento poderoso, pero arcaico; sociedad secreta y partido de masas, ambas cosas, sus principales jefes son «evolucionados» pero que no están separados del pueblo porque han tomado como suya la reivindicación fundamental: independencia inmediata para el Bajo Congo. Kasavubu su principal miembro, es un personaje ambiguo, secreto, del que podría decirse que, aunque reclutado por la Administración, ha sabido permanecer en contacto directo con su base étnica y que no ha tenido nunca ni los medios, ni la ocasión, ni la voluntad para llegar a una conciencia clara de su propia clase. Seminarista sin fe, luego maestro está unido al Bakongo por un nexo oscuro, mesiánico; es su jefe religioso, su rey, la prueba viviente de que son el pueblo elegido. Electo presidente del Congo independiente, vive de pronto dentro de la contradicción más completa:

---

<sup>10</sup> Abako: Asociación de los Bakongo para la unificación, la conservación y la expansión de la lengua kikongo. (N. del T.)

su partido le ordena que preserve la unidad nacional —en particular contra la secesión katanguesa que pone en peligro de ruina al Congo— su pueblo reclama de él que sea, él mismo, secesionista y que a la vez restaure —tomándole al Congo francés algunos territorios— el antiguo reino Kongo. Incapaz de dominar la situación, oscila entre un federalismo anárquico y un centralismo dictatorial, apoyándose en la fuerza militar. Sobre todo le hace el juego al imperialismo, inconscientemente primero y luego de manera muy consciente: no se trata aquí de psicología sino de determinación objetiva: separatista en su esencia, la ABAKO, después de la independencia, debía arruinar la obra de los nacionalistas en provecho de las potencias extranjeras. En el momento en que Lumumba despierta a la conciencia nacional, ese movimiento confuso, a la vez oscurantista y revolucionario, ha hecho por la liberación del Congo, antes de la independencia; más que ningún partido. Desde 1956 respondía al manifiesto de Iléo, a las observaciones de Lumumba sobre «la comunidad» reclamando la independencia inmediata y la nacionalización de las grandes empresas. Se hubiera podido creer que existía un programa revolucionario y socialista o, por lo menos, que las reivindicaciones de la masa llegaban hasta la cima: pero no, los acontecimientos lo probaron. Sólo se trataba de una cortina de humo: era necesario que la ABAKO fuera el partido más radical de todos. En realidad, lo era: en el sentido de que los Bakongo representan el 50% de la población negra en Leopoldville, y que proveen a la ciudad de su mano de obra no calificada. Disciplinados, se les puede movilizar en todo momento por medio de consignas clandestinas: son ellos los que hacen las huelgas, las campañas de desobediencia; si los jefes prohíben votar, ni uno de ellos se acerca a las urnas. Son ellos también los que —¿por órdenes precisas o a pesar de las estrictas prohibiciones? la pregunta queda sin respuesta— realizaron los motines de enero de 1959.

Los «evolucionados» no tenían ningún poder sobre las masas —salvo en el Bajo Congo— su número y su modo de vida los hacían incapaces de pasar a la -acción directa. Es necesario reconocer que tuvieron poco peso en los acontecimientos de enero de 1959. En realidad es la crisis económica, esa recesión colonial que afecta duramente a la Metrópolis y la agitación de las masas proletarizadas, cuyo nivel de vida se deteriora visiblemente, es eso —unido a las torpezas de la administración— lo que decidió al gobierno metropolitano a darle bruscamente al Congo su independencia, es decir, a trocar —con la aprobación de las grandes compañías— el régimen colonial por el neocolonialismo.

Lumumba no hizo la revolución congoleña; su situación de «evolucionado», separado del proletariado urbano y todavía más del campo, le impedía recurrir a la violencia: su determinación —que mantuvo hasta la muerte— de ser un «no violento» tiene como origen, más que un principio o un rasgo de carácter, un reconocimiento lúcido de sus poderes. Desde 1956 es en Stanleyville el ídolo de las multitudes. Pero un ídolo no es un líder, a la manera de N'Knmiah a quien admira y menos todavía un brujo como ese Kasavubu que le preocupa. Lo sabe: sabe que puede convencer a un auditorio, con ese don que tiene de hablar en cualquier lugar, a cualquier persona, y con esa cultura recibida de los belgas que se vuelve contra ellos; pero se necesitan otras dotes que la palabra para poder lanzar a los hombres, con las manos desnudas, contra las ametralladoras. Sin embargo, es él quien va a captar la Revolución, marcarla con su sello, orientarla. ¿Por qué? Porque su condición de asimilado y la naturaleza de su trabajo le permiten elevarse hasta la universalidad.

Ha conocido la selva, las pequeñas aglomeraciones urbanas, las grandes ciudades de provincias y la capital: desde la edad de dieciocho años ha escapado al provincialismo. Sus lecturas y la enseñanza cristiana le han dado una imagen del hombre, todavía abstracta pero despojada de racismo: es sorprendente que en sus discursos explique la situación del Congo por referencias constantes a la Revolución francesa, a la lucha de los Países Bajos contra los españoles. Y, bien entendido, hay en esas alusiones algo como un argumento ad hominem: ¿cómo podrían ustedes, blancos, impedirles a los negros que hagan lo que ustedes hicieron? Pero más allá de esas intenciones polémicas, se refiere a un humanismo de principios que no puede ser la

ideología de los «evolucionados»: precisamente en nombre del homo faber reclaman la igualdad de belgas y congoleños en el mercado de trabajo. Ese concepto universal sitúa de entrada a Lumumba por encima de las etnias y del tribalismo: permite a ese errante aprovechar sus viajes y descifrar los problemas locales en función de lo universal. Bajo ese punto de vista es como capta —más allá de las diversidades de costumbres, las rivalidades y las discordias— la unidad de necesidades, de intereses, de sufrimientos. La administración lo ha situado por encima del nivel común: es aislarlo sin duda, pero es también permitirle que pueda comprender la condición del congoleño en su generalidad. Desde ese momento, cualquiera que sea su auditorio, no deja de afirmar la unidad de su patria: lo que divide a los hombres son los vestigios de un pasado precolonial cuidadosamente conservados por la Administración; lo que los une, hoy negativamente, es una cierta desgracia común, más profunda que las tradiciones y las poderosas costumbres puesto que las ataca en las fuentes de la vida por medio del sobretrabajo y la subalimentación; en fin, es la colonización belga que crea la nación congoleña por medio de una agresión perpetua y omnipresente.

Esto es cierto y falso a la vez. La colonización unifica pero también divide: no sólo por cálculo y maquiavelismo —eso no sería nada— sino por la división del trabajo que introduce y las capas sociales que crea y estratifica. En las ciudades los lazos socioprofesionales tienden a imperar sobre los tribales, pero, observándolo mejor, las divisiones según el empleo, el nivel de vida y la instrucción se añaden a las divisiones étnicas dentro de los barrios negros. A lo que podemos añadir los conflictos que oponen a los primeros urbanizados con los recién llegados. El proletariado de campo no es el de las ciudades y sobre todo, los «coutumiers» rurales dirigidos por una «chefferie» conservadora y, generalmente, vendida a los europeos, no forman parte de los proyectos de los ciudadanos «evolucionados». Pero la pequeña burguesía naciente tiene necesariamente que cometer el error de la burguesía francesa en los tiempos de la Revolución: frente a un proletariado sin organización, con reivindicaciones confusas, y a un campesinado de donde ha surgido y del que cree conocer las aspiraciones, se considera como la dase universal; la única diferenciación que desea tomar en cuenta no surge de la economía: los evolucionados se definen entre ellos mismos, según el deseo de la administración colonial, por su grado de instrucción; la cultura que han recibido es orgullo y su esencia más íntima: ella les impone, pensando en los mejores, el deber estricto de conducir a sus hermanos analfabetos de los campos y la selva hacia la autonomía o la independencia. Digo que esa ilusión es inevitable: ¿cómo Lumumba —que iba a la escuela de los «Monpés» en taparrabo, y que conservaría hasta su muerte sus nexos campesinos— podría ser considerado como el representante de una nueva clase?; si vive mejor, es sencillamente por sus propios méritos. La abyecta y acertada palabra de «evolucionado» enmascara la verdad: una pequeña capa de privilegiados se toma por el ala avanzada de los colonizados. Todo conspira para engañar a Lumumba: en agosto de 1956, las reivindicaciones de los «evolucionados» fueron apoyadas unánimemente, cuando la asamblea general de la A.P.LC,<sup>11</sup> por los delegados. Ve en este acuerdo de las masas y la élite un signo de la unidad profunda de los congoleños.

Al observar hoy los acontecimientos comprendemos que se trataba de un entendimiento abstracto: las masas indígenas están orgullosas de sus «evolucionados» que demuestran por todos ellos que un negro, con tal de que se le dé la oportunidad, puede igualar o superar a un blanco; apoyan las exigencias de la élite privilegiada —sobre todo con palabras y aplausos— porque ven en ella una toma de posición radical del explotado frente al empleador: es un ejemplo y un símbolo. A partir de ahí, los delegados pueden proyectar una radicalización de las reivindicaciones obreras. Pero cuando las circunstancias la produzcan, tendrá como consecuencia el rompimiento evidente entre las masas y la pequeña burguesía.

---

<sup>11</sup> Asociación del personal indígena de la Colonia. (N. del T.)



Lumumba se equivocó, pero ese error inevitable tuvo consecuencias positivas; en términos generales, históricamente, tuvo razón en cometerla. Fue este error el que le permitió afirmar con tanta fuerza que sólo con la unidad el Congo podría obtener la independencia. Esa fórmula, repetida con tanta frecuencia, es en realidad perfectamente acertada a condición de añadir que el movimiento unitario debe proceder de la base y desaferrar el país como un ras de mar. Para desgracia del Congo, las divisiones sociales, la timidez de las reivindicaciones, la ausencia de aparato revolucionario surgido de las masas y controlado por ellas hicieron y todavía hacen imposible ese desbordamiento: ésa será la historia de la próxima década. Lumumba, escuchado en todas partes con entusiasmo, podía creer que las masas seguirían a los «evolucionados» hasta el final. Esa unidad que consideraba a la vez como ya realizada y por hacer, en parte medio y en parte fin, era para él la Nación misma. La Nación: el Congo unificándose por medio de la lucha que él llevaría a cabo por su independencia. Pero el futuro Primer Ministro no lleva su candidez hasta creer que ese aglutinamiento se lograría espontáneamente. Sencillamente plantea ese principio negativo: la Administración divide para reinar, el único medio para hacerle perder su fuerza es suprimir en todas partes las divisiones que ha creado. E« necesario acabar con el tribalismo, con el provincialismo, con los conflictos artificiales y compartimentos estancos que ella mantiene. Democracia, sí. Pero que no se la confunda, como Iléo, con federalismo. Cualquiera que sea la intención, por mínima que sea la autonomía regional que reclame un partido, es como un gusano en la fruta, lo estropeará todo, el imperialismo lo explotará inmediatamente.

Lumumba comprende que la ABAKO será durante algún tiempo un valioso instrumento para derrotar al colonialismo, y que más tarde puede llegar a ser el mejor instrumento para restaurarlo. Como empleado de correos, su trabajo lo integra a la Administración colonial y le permite descubrir su carácter principal: la centralización. Este descubrimiento le ha sido fácil puesto que el destino ha hecho de él uno de los engranajes del sistema centralizado de comunicaciones. El correo extiende su red a todas las provincias, incluso a la selva; por medio de ellas se transmiten las órdenes del Gobernador a los puestos locales, a la fuerza pública.

Si un día llegara a existir la nación congoleña, deberá su cohesión a un centralismo semejante: Patricio sueña con un poder sintético aglutinante, que actúe en todas partes, que imponga la concordia por todas partes, una comunidad de acción, que reciba informaciones de los poblados más lejanos, concentrándolas, basando en ellas la orientación de su política y enviando por el mismo camino, hasta las aldeas, las informaciones y órdenes a sus representantes. El gobierno atomiza a los colonizados y los unifica **desde el exterior**, como súbditos del rey. La independencia sólo será una palabra si esa **cohesión realizada desde fuera** no es sustituida por una totalización **desde dentro**. La Administración belga sólo puede ser sustituida por un partido de masas, omnipresente, como ella, democrático, esto significa: surgido del pueblo y controlado por él. Pero con tanta autoridad —por lo menos durante el tiempo que el Congo no haya creado sus instituciones— que sólo él será el encargado de defender a la Nación contra los efectos todavía virulentos de una atomización practicada durante ochenta años. Lumumba está tan consciente de los peligros, que desea sustituir la inútil multiplicidad de los movimientos nacionalistas por un partido único. Sobre este proyecto tenemos pocos informes. Sin embargo, se sabe que se trataba de un partido a lo africano: no como el P.C. de la URSS, un órgano restringido que elige a sus nuevos miembros, sino la población entera, hombres y mujeres, siendo cada uno a la vez ciudadano y militante. Temía que si la oposición permanecía fuera del Partido podía conducir a algún separatismo, y por lo tanto a la muerte del Congo. Dentro, no la hubiera impedido. Con frecuencia repitió que en su seno las discusiones serían francas y libres. Lo que no dijo, pero que se sobrentiende, como en todos los casos de extrema urgencia, es que las minorías, después de los votos, se verían obligadas a adoptar el punto de vista de las mayorías, y que la oposición, disuelta en cada oportunidad para renacer en otra parte, a propósito de otros problemas, sólo representaría el libre ejercicio del juicio de cada uno en la

circunstancia presente, y se vería privada de los medios de constituirse una memoria, de estructurarse como un partido dentro del Partido.

Le daba menos importancia —en todo caso en los primeros tiempos de la independencia— a la elaboración de un programa económico y social que a esa unión primordial del partido, garra que ahoga al Congo en lugar del antiguo yugo colonial: impedir a todo precio el agotamiento del país. Pero incluso esa preocupación tenía motivos económicos: no ignoraba las maniobras de la CONAKAT,<sup>12</sup> y no tenía ninguna duda de lo que resultaría de la secesión katanguesa. De ese modo, ese jacobinismo político se inspiraba, en el fondo, en un conocimiento práctico de las realidades congoleñas. Sus discursos prueban que preveía todo lo que sucedió posteriormente; su único error consistió en creer que se podía conjurar el desastre con la creación de un gran partido moderno que reemplazara en un momento determinado la fuerza coercitiva del ocupante.

Como es sabido, la Metrópoli sirvió, a pesar suyo, como lugar de reunión de congoleños de etnias diferentes. Fue con motivo de la Exposición universal. La unidad de sus opresores blancos hizo que esos negros aislados en Bruselas descubrieran negativamente su unidad de oprimidos, más fuerte, consideraban ellos, que sus divisiones. En realidad, en Bélgica los congoleños sólo tienen conciencia de lo que los acerca. A su regreso conservan la abstracta esperanza de unir a los colonizados, de dondequiera que procedan, en un partido supraétnico. Lumumba, él sólo, está calificado para fundarlo. Sería el M.N.C.<sup>13</sup> Pero muy pronto la composición del movimiento revela su naturaleza: es universalista, más allá de las etnias y de las fronteras, porque sus habitantes son universalidades, en una palabra, es el movimiento de los «evolucionados»; podrá ganar militantes por todas partes sin mucho trabajo —por lo menos en las ciudades— porque la Administración y las grandes compañías han distribuido por todos lados a los funcionarios y empleados que ellos mismos han formado. Pero el sueño de formar un partido de masas se esfuma: cuando más es un partido de cuadros y agitadores. La culpa no es de nadie: no podía suceder de otro modo; el M.N.C. es la pequeña burguesía congoleña que descubre su ideología de clase.

Lumumba es el más radical: lúcido y ciego a la vez, si no ve el condicionamiento social y la imposibilidad presente de su unitarismo, comprende muy bien por el contrario que los problemas del Congo son los de África entera; todavía más: su país sólo encontrará la fuerza para sobrevivir a la independencia dentro del marco de un África libre.

Asiste, como representante del M.N.C., a la conferencia de Accra. Toma la palabra y comenta en estos términos esa necesidad unitaria que surge por todas partes en el continente y de la que Accra es consecuencia directa:

«Esta conferencia... nos revela algo: a pesar de las fronteras que nos separan, a pesar de nuestras diferencias étnicas, tenemos la misma conciencia, el mismo estado de ánimo que se baña día y noche en la angustia, las mismas preocupaciones por hacer de este continente africano un continente libre, feliz, desprovisto de la inquietud, del miedo y de toda dominación colonialista».

Sustitúyase África por Congo, continente por nación, y encontrarán ustedes las frases que repite todos los días, en todas las provincias de su país: es que el Congo le parece un condensado de todas las diferencias que perpetúan los separatismos africanos: encontramos en ellos fronteras provinciales, conflictos étnicos y religiosos, diferenciaciones económicas tanto verticales (estratos sociales) como horizontales (repartición geográfica de los recursos). Por lo tanto, ante sus ojos sólo hay una tarea; luchar por la independencia es luchar por la unidad nacional. Pero, al mismo tiempo, por el África libre; inversamente —más tarde lo precisaría— todo lo que

---

<sup>12</sup> CONAKAT:— Confederación de Asociaciones katanguesas. (N. de T.)

<sup>13</sup> Movimiento Nacional Congoleño. (N. de T.)

acelera la integración de los Estados múltiples en una sola federación adelanta el momento en que los últimos colonizados se deshagan de sus últimos colonos. Los acontecimientos subsiguientes muestran que sobre ese punto tenía una idea práctica y muy clara: los Estados que han logrado la independencia deben ayudar, por todos los medios, a los países todavía dominados a librarse de toda tutela. Es sabido que cuando siente, dos años y medio más tarde, que la frágil República congoleña estaba a punto de destruirse, pidió el apoyo de las tropas de Ghana. Sí hubiera ganado la partida, no hay duda alguna de que el Congo hubiera ayudado a Angola, a todos los países vecinos: el panafricanismo declarado de Lumumba le valió algunos de sus más temibles adversarios, los blancos de Rhodesia, del África del Sur y, de manera más solapada, los conservadores ingleses. El Congo panafricano hubiera sido primeramente un ejemplo, un fermento en todos los corazones todavía subyugados.

Pero sobre todo, ese gran país hubiera proporcionado, de distintas maneras, los apoyos más eficaces a las organizaciones revolucionarias de los países vecinos. No únicamente por fraternidad sino también porque era la única política africana que se hubiera impuesto: liberado, el Congo permanecía rodeado de enemigos mortales; era necesario que los negros rompieran sus cadenas, en Rhodesia, en Angola, que en Yulú destituyeran al gobierno neocolonialista —o bien que volvieran a la esclavitud en el Congo. Lo que Lumumba da a entender —pero sabemos que lo ha comprendido en la lucha— es que la independencia congoleña no es un fin sino el comienzo de una lucha a muerte por conquistar la soberanía nacional. Puede obtenerse la salida de los belgas por medio de una organización **interior**; cuando se hayan ido, el peligro sólo se conjurará con una política **exterior**; al haber perdido la joven nación sus amos sin haber encontrado los medios para ejercer su libertad, se verá obligada a apoyarse en los Estados menos jóvenes y ya arribados a la soberanía, será necesario que apoye los movimientos nacionales en las colonias que lo rodean. Por esa razón, en su intervención en Accra, Lumumba destaca el condicionamiento recíproco de los dos objetivos que la conferencia señaló finalmente y que, en realidad, sólo forman uno en su espíritu:

«La lucha contra los factores internos y externos que constituyen un obstáculo a la emancipación de nuestros países respectivos y a la unificación de África.»

Sin embargo, está demasiado comprometido en la lucha política de liberación para insistir en el aspecto fundamental del panafricanismo: que África no puede construirse sin producir **para sí misma** un mercado africano. La organización de un mercado común a nivel del Continente Negro implica otros problemas y otras luchas: para el M.N.C. no es el momento de encararlas. Tampoco es el momento de descubrir y desentrañar la mistificación que recubre, en muchos países —por ejemplo en el Congo francés—, la prestigiosa palabra de independencia: tanto más puesto que de Gaulle, al pronunciarla el mismo año en Brazzaville, suscitó en la colonia belga verdadero entusiasmo ganando a los más titubeantes a la reivindicación maximalista. De todos modos, lo que le falta a Lumumba es un conocimiento profundo de las nuevas naciones y de sus infraestructuras por lo que se enterará demasiado tarde de que algunos Estados negros son por su constitución enemigos jurados de la independencia congoleña. Sobre todo, formado por la opresión más dura y la segregación más abyecta, no pudo concebir otro adversario que el viejo colonialismo, antigua máquina tan rígida que es necesario que aplaste o que desaparezca. Es contra este colonialismo que se prepara a combatir; en realidad está presente, representado por el pequeño colonato, por la Administración. Pero el líder negro no sospecha que ese ogro, tan vivo y tan malvado, en realidad ya está muerto; que los gobiernos imperialistas y las grandes compañías han decidido, frente a la crisis colonial, liquidar las formas clásicas de la opresión y las estructuras fosilizadas establecidas durante el siglo precedente. No sabe que las antiguas metrópolis quieren confiar el poder nominal a «indígenas» que, más o menos y conscientemente, gobernarán en función de los intereses coloniales; no sabe que los cómplices o los testaferros son designados por adelantado en Europa, que pertenecen todos a la clase

reclutada y formada por la Administración, a la pequeña burguesía de empleados y funcionarios, a su propia clase. Esa ignorancia es la que va a perderlo.

Pertenece a la élite, es cierto, y por lo tanto está separado de las masas que se supone representa; sus militantes son todos pequeñoburgueses; si gana, es con ellos con quienes formará el primer gobierno. Pero su inteligencia y su profunda dedicación a la causa africana hacen de él un Robespierre negro. Su empresa es a la vez limitada —política, en primer lugar, el resto llegará en su momento— y universal. Los «Monpès» lo han arrancado del mundo de los no evolucionados; incluso al comienzo se siente ebrio de su joven sabiduría, se ha hecho el portavoz de la élite, ha reclamado para ella la integración completa. Pero el universalismo, en él, ha terminado con todo. Sin duda ése es un principio ideológico de su clase. Y, como hemos visto, una ilusión óptica.

Pero ese humanismo que en los demás enmascara la particularidad de los intereses de clase, él lo convierte en su pasión personal; se dedica a él por entero, quiere devolverle a los subhombres de la superexplotación colonial su humanidad natal. Claro que esto no se logra sin un cambio de todas las estructuras, en fin, sin reforma agraria y sin nacionalización: su formación de demócrata burgués le impide discernir la necesidad de esa reestructuración fundamental. Esto no es tan grave. ¿Cómo hubiera podido descubrirla en ausencia de organizaciones proletarias que canalizaran y clarificaran las reivindicaciones políticas? Si hubiera conservado durante más tiempo el poder, los hombres y las circunstancias lo hubieran situado en la disyuntiva: neocolonialismo o socialismo africano. No podemos dudar sobre la selección que hubiera hecho. Desgraciadamente, al fundar el M.N.C., al tomar contacto con los líderes de los otros partidos —es decir con otros evolucionados— situaba, sin sospecharlo, a los elementos más activos de su propia clase, es decir a hombres a quienes sus intereses comunes y particulares inclinaban desde mucho antes a traicionarlo, quienes desde los primeros días de julio de 1960, consideraron que él los había traicionado. De hecho, el conflicto que lo opuso a sus ministros, a la minoría del Parlamento, no tiene otro origen: esos pequeñoburgueses querían constituir la pequeña burguesía en clase dirigente —lo que objetivamente— equivalía a acercarse a las potencias imperialistas; se decía guía, no se creía de ninguna clase, se negaba, en su celo centralizador, a tomar en serio las diferencias de origen económico, ni más ni menos que con las divisiones tribales: el Partido único haría saltar todas esas barreras y conciliaría todos los intereses. Es posible que haya tenido, de manera más o menos clara, el proyecto de reorganizar la economía por etapas y que, por prudencia, haya mantenido sus intenciones secretas. En todo caso se sospechaba de él, y no es sólo el asunto de los aviones rusos lo que hizo que bruscamente se le tachara de comunismo. Los parlamentarios y ministros más avisados temían ciertamente que su jacobinismo terminara en socialismo por la virtud misma de su humanismo unitario. En todo caso, lo importante es que llevó a su clase al poder y que se disponía a gobernar en contra de ella. ¿Podía suceder de otro modo? No: el proletariado, durante los últimos años de la colonización, no realizó un solo acto que pudiera imponerle a esos pequeñoburgueses como un interlocutor valedero.

## LAS RAZONES DEL FRACASO

A su regreso de Accra, el líder del futuro Partido Único se convirtió de hecho en el hombre de la conciliación: bajo su influencia el M.N.C. trató de aliarse a los principales movimientos nacionalistas. El Frente Común que levantó ganaría las elecciones del 60. Pero la victoria legalista de ese cartel no debe ocultarnos su fragilidad: mientras se trató de una simple propaganda común, de un acuerdo limitado a esta única palabra de orden, la independencia, se dejaron de lado por el momento los particularismos; pero si los vencedores hubieran gobernado —¿y quién más podría gobernar?— habría estallado el Frente por las dos razones ya señaladas de que la base real de los partidos aliados era, para cada uno, provincial —aún el «M.N.C.-Lumumba» era apoyado ante todo por los **extracoutumiers** de Stanleyville y que el universalismo cultural oculta difícilmente el deseo de los líderes de formar con sus grupos una nueva clase dirigente. Desde ese momento, la pureza e integridad de Lumumba lo condenaron: la historia estaba hecha por él, pero contra él. Líder indiscutible del centralismo, sus enemigos se revelan en cuanto demuestra su poder de orador y su arte de negociador.

En primer lugar, Tshombé y los miembros de la CONAKAT; los katangueños pretenden que su provincia nutra por sí sola a todos los congoleños, si se suprimieran los nexos que la unen a regiones estériles y necesitadas, disfrutaría ella sola de su riqueza. También existirá la inevitable escisión del partido centralizador: Kalonji funda el «M.N.C.Kalonji» que se implanta en el Kasai-Sur; aquí, al contrario de lo que sucede en los demás grupos, las rivalidades políticas determinan el separatismo étnico. Finalmente, la ABAKO permanece irreductible: Lumumba multiplica las insinuaciones a Kasavubu que no se da por aludido. Cuando se logra la independencia y hay que formar un gobierno, quedan frente a frente dos fuerzas; la ABAKO, siempre intransigente, el Bloque Nacionalista (M.N.C. y partidos aliados) flexible y decidido a buscar un compromiso duradero. La CONAKAT, que se dice federalista, es la primera en aceptar su inclusión con condiciones, en un gobierno central: no es más que una treta de la que se adivina la intención.

El ministro belga Ganshof duda entre los dos movimientos: Lumumba, en los motines recientes, ha contribuido a mantener el orden público. Sus declaraciones son moderadas, no tiene programa económico, ha repetido muchas veces que garantizaba las propiedades de los colonos. Además, aunque es un detalle, su grupo ha obtenido la mayoría de las voces en las elecciones. Pero su centralismo preocupa. Los colonos están contra él. Posiblemente Kasavubu es más peligroso, es el maestro de la violencia: pero es también el maestro de la discordia; su federalismo enmascara el separatismo apasionado de su etnia. El ministro comienza por encargar a Lumumba una «misión de información con vistas a la formación de un gobierno congoleño». La extensión y densidad de esta frase muestra con bastante claridad la confusión de su autor. Lumumba da pruebas de un perfecto realismo simplificándola de este modo: «estoy comisionado para constituir el Gobierno». Pero desde el 17, Ganshof declara que le retira su misión de informador para dársela a Kasavubu.

Nuevas consultas: inútiles. El 21, la Cámara designa su buró en el que la mayoría pertenece al bloque nacionalista. Inmediatamente el pobre Ganshof le retira a Kasavubu su misión para devolvérsela a Lumumba.

Vuelven las negociaciones, pero la intransigencia de Kasavubu no ha disminuido: el 22 de junio, la ABAKO reclama una vez más «la constitución de una provincia autónoma Bakongo soberana dentro de una confederación de un Congo unido». Conocemos el compromiso final: la ABAKO

aportará el Jefe de Estado y algunos ministros; el Bloque Nacionalista proporciona el Primer Ministro y el resto del equipo gubernamental exceptuando los escaños reservados a la CONAKAT. Ese doloroso parto revela dos hechos de gran importancia. El primero que las negociaciones han tenido lugar bajo la amenaza de un levantamiento bakongo.

La fuerza de Lumumba era parlamentaria; la de Kasavubu era real y masiva. Mientras Bélgica permaneciera presente en el Congo, Ganshof estaba obligado a tomar en consideración a la mayoría elegida: Bélgica no podía hacer menos que instalar en su antigua colonia una caricatura de democracia burguesa. Después de la partida de los belgas, los votos perdieron su importancia: Lumumba fue derrocado y detenido sin haber estado nunca en minoría. En otros términos, la democracia fue sencillamente rechazada: se conservó su apariencia pero el Poder se apoyó en la fuerza. Nada demuestra mejor que el trágico desuno de Lumumba estaba trazado por adelantado. Como Primer Ministro debía establecerse en la capital del Nuevo Estado. Pero por desgracia, la Capital era separatista: en Leopoldville las masas sólo tienen un jefe: Kasavubu. Entre un Jefe de Estado que reina como amo y señor sobre la ABAKO y una población que no tiene otro objetivo que la secesión, un primer ministro centralista sólo puede jugar un papel: el de rehén. Tiene partidarios en todas las provincias pero, para comunicarse con ellos, tiene que pasar por la administración belga todavía allí y que le opone la fuerza de su inercia, o por los funcionarios negros de Leopoldville que en su mayoría están contra él. Desde el primero de julio del 60, el centralismo se convierte en el sueño abstracto de un prisionero de honor que ha perdido toda influencia en el país. Esto podrá observarse cuando Lumumba, ya derrocado, recorre las calles de Leopoldville en un automóvil provisto de altoparlantes: sus arengas no convencen a nadie. Rostros adustos, público indiferente u hostil: la población de Leopoldville se burla del centralismo. Por el contrario, basta con una palabra murmurada por Kasavubu para lanzar a miles de personas a la ciudad de los amotinados antilumimibistas: poco a poco los parlamentarios se preocupan y desertan de la Asamblea; el poder legislativo se inclina ante la ilegalidad. Para los diputados, así como para el jefe del ejecutivo, la capital secesionista es una cárcel. Es el momento en que Lumumba, sin fuerzas, reconociendo al fin que ha perdido la partida, huye y se hace a su vez separatista, esforzándose en ganar Stanleyville, su feudo.

Me explico: se trataba de una secesión provisional, negación de la negación; contaba con reunir fuerzas, emprender, partiendo de Stanleyville, la reconquista, pacífica o violenta del Congo y su reunificación. ¿Pero, aunque hubiera reunido la mayor parte de sus partidarios, puede por ello creerse que hubiera podido volver a tomar a mansalva la capital bakongo? ¿Con qué fuerzas? Lo más lógico es que Lumumba se hubiera mantenido en Stanleyville sin ganar ni perder y que Kasavubu se hubiera permitido el lujo de bautizar como secesión provincial ese retomo del centralismo a sus orígenes; objetivamente, en efecto, la empresa, a falta de medios suficientes para realizarla, hubiera aumentado la división de los congoleños y de su suelo. Sin embargo, es necesario reconocerlo, en ese momento Lumumba sólo tenía una alternativa: aceptar la federación y la autonomía del Bajo-Congo o huir a Stanleyville para preparar allí la reconquista; en los dos casos el federalismo ganaba la partida.

En realidad, es que estaba ganada por adelantado. En política lo necesario no es siempre lo **posible**. La unidad, idea directriz del M.N.C., partido moderno y concebido a imagen de los movimientos europeos, era **necesaria** para el Congo: sin ella, la independencia era letra muerta; pero, en ese momento de su historia, la fórmula europea no correspondía a las necesidades de los congoleños; lazos más fuertes y más sólidos los unían a su suelo natal, a la etnia. La centralizada sólo representaba la conciencia de clase de los centralizados, es decir, de los «evolucionados».

Estas observaciones nos llevan al segundo carácter de la independencia congoleña: ha sido otorgada. De hecho, sería inconcebible que si los congoleños la hubieran conquistado, el belga Ganshof hubiera podido escoger por su propia autoridad al congoleño más apto para formar un

Ministerio. Lumumba lo sabía y sufría por ello: varias veces, antes del 30 de junio, pide la salida del Ministro metropolitano. Declara en una conferencia de prensa:

«No se ha visto en ningún lugar del mundo que la antigua potencia organice y dirija las elecciones que consagran la independencia de un país. Esto no tiene precedentes en África. Cuando en 1830 Bélgica **conquistó** su independencia, fueron los mismos belgas los que primeramente organizaron un gobierno provisional..., etc.»

«**Conquistó**»: soy yo quien lo subraya, porque todo se encuentra ahí. Es lo que explica el tono paternalista de la alocución del rey Baduino, pronunciada el 30 de junio: les regalamos un lindo juguete, no lo rompan.

Y también la apatía de Kasavubu quien, teniendo conocimiento del discurso, se limita a suprimir del suyo una peroración demasiado servil.

Por esa razón, Lumumba, indignado, toma posesión súbitamente del micrófono. Es bien conocida la admirable «exposición de amargura» que desarrolla en respuesta a la suficiencia del joven rey. Pero ahí no está lo esencial: considero que se encuentra en estas líneas que preceden inmediatamente:

«Aunque hoy proclamamos esta independencia del Congo, de común acuerdo con Bélgica, país amigo con quien tratamos de igual a igual, ningún congoleño digno de ese nombre podrá olvidar nunca que la hemos conquistado con una lucha diaria, una lucha ardiente e idealista, una lucha en la cual no hemos escatimado ni nuestras fuerzas ni privaciones ni sufrimientos».

Aquí el informe señala «aplausos» lo que prueba suficientemente que el orador tocaba una fibra sensible. Los congoleños que participaban en la ceremonia, cualquiera que fuera su partido, no querían un regalo: la libertad no se da, se toma. Examinando los términos nos damos cuenta de que una independencia concedida no es más que una reglamentación de la servidumbre. Los congoleños habían sufrido durante cerca de un siglo, con frecuencia habían luchado y a pesar de la crueldad de las represiones, las huelgas y los motines se habían multiplicado durante los últimos tiempos. Recientemente, las jornadas de enero del 59 habían sido, si no la causa por lo menos la ocasión para la nueva política colonial del gobierno belga. No podía discutirse ni el valor del proletariado o de los guerreros campesinos, ni la profunda, la invencible resistencia que cada colonizado oponía, a veces a pesar de sí mismo, a la colonización.

Pero las circunstancias no habían ni permitido ni requerido recurrir a la lucha **organizada**. En Viet Nam, en Angola, en Argelia, la organización está armada, es una guerra popular: en Ghana, N'Krumah pretendió luchar por medios políticos; en realidad, las huelgas que organizó eran violencias no-sangrientas. De todos modos, la lucha se organiza **a fondo y clandestinamente**; la unión de los combatientes se convierte en el medio inmediato de toda acción antes de convertirse en un objetivo lejano: se unen para lograr un golpe pero también para escapar al peligro de muerte: las represalias del colono sellan los pactos secretos: la violencia del opresor suscita una contraviolencia que se ejerce al mismo tiempo contra el enemigo y contra los particularismos que se encuentran en juego; si la organización está armada, salta los cerrojos, liquida a los caids, las «**chefferies**», los privilegios feudales, sustituyendo por todas partes **en el curso de la lucha**, los cuadros políticos implantados por la Administración por sus propios cuadros; al mismo tiempo, la guerra popular implica la unidad del ejército y el pueblo, por lo tanto la unificación del mismo pueblo: el tribalismo debe desaparecer o la insurrección quedará ahogada en sangre; la liquidación de estos vestigios se lleva hasta el fondo, por medio de la persuasión, de la educación política y, si es necesario, por el terror. De ese modo, a medida que se extiende la lucha de un extremo a otro del país, se prosigue la unificación; y si sucede que al comienzo coexistan dos movimientos insurreccionales que no se fusionen, puede estarse seguro de que los dos serán destruidos por el ejército colonial o que uno de los dos aplastará al otro. Vencedores, los jefes son a la vez militares y políticos: han roto las antiguas estructuras, todo

está por rehacer, pero no importa; crearán infraestructuras populares; sus instituciones no estarán copiadas de las de Europa: provisionales, tratarán de conjurar los peligros que amenazan al joven Estado, reforzando su unidad a expensas de las libertades tradicionales. En cuanto a la fuerza del Ejecutivo, es irresistible: es el ejército que se ha forjado combatiendo a los opresores. Dentro de esa perspectiva, puede decirse que, en cuanto al Viet Nam, a Argelia —cualesquiera que sean sus actuales dificultades—, la unidad y la centralización han precedido a la independencia y que son su garantía.

En el Congo, se produjo lo contrario. La recesión económica, la evolución del Congo ex-francés, la guerra de Argelia, cambiaron las mentalidades y provocaron problemas. Pero aquí nunca estuvieron orquestados: no tenían ni el mismo origen ni las mismas razones ni los mismos objetivos. Le sirvieron de **signos** al gobierno belga. Este es informado por algunos administradores lúcidos; hoy no se ha llegado a los actos de terrorismo; se llegará mañana si la Metrópoli no define claramente su política. Estos informes llegan en el momento en que el imperialismo ha extraído sus conclusiones de las guerras coloniales en que se ha desgastado Francia y de las experiencias británicas de falsa descolonización. Bélgica no quiere transformar al Congo en una Argelia negra, se niega a perder miles de pesos y vidas humanas. Ese país, con sus cien mil blancos, puede considerarse difícilmente como una colonia de población: si hay que llegar a ella, la repatriación no va a perturbar la economía metropolitana. En cuanto a las grandes compañías, están de acuerdo en correr el riesgo: que se les proteja con un gobernador blanco o con un «colaborador» negro y sus intereses no sufrirán; parece incluso, al observar el desarrollo de los nuevos Estados africanos, que la independencia es la solución más productiva. En fin, se la darán al Congo.

Hoy día se dice que el gobierno belga fue de un maquiavelismo criminal. Creo que más bien fue criminalmente imbécil. Los franceses no sueltan nada sin luchar, se agarran hasta que les corten las manos: esto significa forjar, involuntariamente, cuadros en el adversario; la guerra crea sus élites. Los ingleses planifican su descolonización enmascarada: forman los cuadros por adelantado; serán colaboradores pero **capaces**. Bélgica no hizo nada: ni guerra colonial ni transición progresiva. A decir verdad, en 1959 era demasiado tarde para preparar la emancipación congoleña: los colonizados reclamaban la independencia inmediata. Pero el error del gobierno se remonta mucho más lejos: reside en su empecinamiento por mantener a ese país conquistado dentro de la ignorancia y el analfabetismo; en su deseo de conservar las feudalidades; las rivalidades, las «estructuras tradicionales», el derecho consuetudinario. Durante ochenta años. Bélgica se dedicó a congolizar al Congo. Y después de haberlo atomizado, decide de pronto abandonarlo, segura de que la ausencia de cuadros y el desmenzamiento de los poderes lo pondrán a su merced.

Por esa razón, Lumumba se encuentra al mismo tiempo designado por la masa y a la vez llevado al poder por Ganshof en nombre del rey y de los belgas. Situación poco confortable si se piensa que Ho Chi Minh o Ben Bella tomaron el poder **a pesar** de la Metrópoli, llevados por un movimiento irresistible y que su soberanía —entendamos por esto, pues es lo mismo, soberanía nacional— procede de ahí. En lugar de que la independencia sea —como en Viet Nam, en Argelia— un momento de una **praxis** comenzada mucho antes y que las acciones pasadas sirvan de trampolín a las futuras empresas, esto, en el Congo, es un punto muerto, el grado cero de la historia congoleña, el momento en que los blancos no mandan ya pero siguen administrando, en que los negros están en el poder pero no mandan todavía. En ese instante contradictorio, Lumumba, cualquiera que sea su popularidad, no la adquiere de su gesta pasada sino de una legalidad importada de Europa y que —salvo los evolucionados— los congoleños no reconocen. Es cierto que admiran su valentía, se sabe que ha sido detenido varias veces, golpeado, encarcelado: eso no basta. Para ser soberano en un nuevo Estado, es preciso haberlo sido durante la opresión como jefe indiscutible del ejército de liberación o poseer desde mucho tiempo atrás un poder carismático, religioso. Desgraciadamente, es Kasavubu quien tiene ese



poder en Leopoldville. Hay que comprenderlo: el 1º de julio del 60, Lumumba, líder de un cartel mayoritario y jefe del gobierno, está solo, sin poder, traicionado por todos y ya perdido.

Ya lo he dicho: cuando los pueblos se liberan por la fuerza, desalojan o destruyen los antiguos cuadros que para ellos sólo representan a los más conocidos de sus opresores. Hay que sustituirlos inmediatamente; puesto que todo el mundo es incompetente, la selección se guía más por el celo revolucionario que por las capacidades. De ello resulta una espantosa confusión, errores criminales, sectores enteros de la economía están en peligro de muerte. Pero no ha sucedido todavía que una revolución victoriosa se destruya por falta de élites. En la U.R.S.S., en China, en Viet Nam, en Cuba, al precio de dolorosas convulsiones, los recién llegados se han situado a la cabeza de los puestos de mando, dirigiendo, inspeccionando, decidiendo durante el día y estudiando y leyendo durante la noche. Así, en el desarrollo de una revolución, es un hecho normal y positivo, la sustitución de los competentes reaccionarios por revolucionarios incompetentes. Y si esa sustitución no se hace por la fuerza, se hace necesaria por la emigración masiva de los especialistas.

Pero también es necesario que ese salto hacia lo desconocido se haga hasta el fondo que se imponga como un momento inevitable de la praxis. Si no fuera por la tempestad revolucionaria, ¿quién se atrevería a sustituir sistemáticamente el saber por la ignorancia en todos los niveles de la jerarquía social? Lumumba era un revolucionario sin revolución. Su jacobinismo inflexible lo oponía radicalmente a la hipócrita organización del colonialismo que intentaba torpemente el gobierno belga, pero esa posición rigurosa no era más que un rechazo teórico puesto que, precisamente, la guerra popular no había tenido lugar. Al suprimirla, los belgas habían frustrado a los congoleños. El líder del M.N.C. se encontraba en cierto aspecto en la etapa siguiente a una insurrección que no había tenido lugar. No podía proyectar los cuadros como lo hubiera hecho en plena acción. Como evolucionado, formado por los blancos, acostumbrado a reconocer su superioridad técnica, se preocupaba, como hemos dicho, por el pequeño número de evolucionados y la ignorancia de las masas.

Sin duda alguna era preciso africanizar los cuadros: siempre lo había deseado, y todavía lo deseaba más ahora puesto que muchas veces se sentía paralizado por la mala voluntad de la Administración. El Congo no disfrutaría de una independencia plena mientras los puestos claves permanecieran en manos de los blancos. Pero, a falta de una urgencia inmediata, proyectaba una transformación progresiva. Es sorprendente que en sus discursos haya hablado con frecuencia de la enseñanza superior, casi nunca de la instrucción primaria. No veamos en ello una preocupación de clase. Sencillamente tiene una conciencia aguda del problema: el Congo enviará estudiantes a Europa en cuanto esté capacitado para ello; éstos volverán al país y cada uno tomará el lugar de un belga; mientras más numerosos sean, con tanto mayor rapidez terminará la dependencia técnica, administrativa y militar del país. Solución razonable, como podemos ver, pero reformista tal como puede concebirla fríamente el hombre de Estado que sopesa el pro y el contra y se arriesga en forma calculada.

En el mismo momento, las masas le daban conclusiones revolucionarias a la revolución que no había tenido lugar. Se encargaron de la africanización de los cuadros y expulsaron a los europeos en un dos por tres. Esto comenzó por la fuerza pública. Los oficiales y los ayudantes venían de Bélgica; los congoleños sólo ascendían hasta el grado de sargento. Varios meses antes de la independencia, los congoleños advirtieron que exigirían la supresión de ese privilegio de los blancos: un negro, después de la independencia, debía poder ser, según su mérito, teniente o general. Lumumba no lo tomó en serio: sin duda lo encaraba desde el punto de vista de utilidad nacional; se formarían oficiales poco a poco. Pero no tenía razón: no se trataba de una reivindicación general en cuanto a la condición de los soldados futuros: eran estos soldados los que querían llegar a sargentos, estos sargentos quienes aspiraban al grado de capitán. En una palabra, la exigencia era concreta e inmediata. Es posible que un político la hubiera satisfecho desde el primer día con lo que hubiera vuelto a tomar y captado el movimiento revolucionario

realizando él mismo este paso: la cesantía de Janssens. Hubiera representado ganarse al ejército, único instrumento de que disponía ese ejecutivo sin poder.

Por todas partes los soldados de la fuerza pública tenían una mentalidad inquietante: en los tiempos de los belgas, es decir hasta el 30 de junio, habían hecho imperar el orden colonial; esos congoleños peleaban contra congoleños exclusivamente; reprimían los motines, ocupaban las aldeas, vivían persiguiendo a los ciudadanos. Objetivamente cómplices de la casta colonial, muy influenciados por sus oficiales, por su manera de proceder parecían contrarrevolucionarios. Y sin duda alguna es lo que eran en lo más profundo de ellos mismos, en cierto aspecto porque se sentían coléricos de verse situados en los grados inferiores al igual que los forajidos del ejército francés de antes del año 89. Esta reivindicación, sin saberlo, resumía las aspiraciones del Congo a la soberanía total puesto que sólo podía realizarse por una decisión soberana. Al mismo tiempo, tras el conflicto de raza se perfilaba el conflicto de clase: los pobres estaban hartos del lujo de los ricos y querían ocupar su lugar. Tomando la iniciativa, hubiera convertido a las fuerzas del orden en cómplices de la revolución; las hubiera hecho solidarias de ella. Lumumba titubeó: la presión del ejército negro, pensaba él, podía llevarlo demasiado pronto al radicalismo; posiblemente tuvo, a pesar de sí mismo, un reflejo de clase. ¿Y quién, se preguntaba, sería capaz, hoy, de mandar el ejército congoleño? Cometió el error de pedirle a Janssen una medida a medias: pasarían a todos los negros al grado inmediato superior, la segunda clase pasaría a primera y el sargento a sargento mayor. Janssens supo interpretar hasta el fin, l su papel de provocador; respondió a los soldados: «Ustedes no obtendrán nada. Ni hoy ni nunca». Sabemos lo que siguió, el amotinamiento de los soldados, los oficiales despedidos, Janssens huyendo muerto de miedo a Brazzaville. Esta insurrección podía haber sido positiva: en definitiva, sólo tuvo consecuencias negativas. Los soldados se rebelaron a la vez contra Janssens y contra Lumumba que había esperado la rebelión para destituirlo. Es decir: a la vez contra el paternalismo colonial y contra la joven democracia congoleña. Confusos, acostumbrados a imponer el orden por la fuerza, al rebelarse contra los privilegios militares de los belgas, cayeron en su mayor parte en una especie de bonapartismo para afirmar su nueva casta y destacar su desprecio por el régimen que los había traicionado.

La africanización de los cuadros administrativos comenzó con la derrota de los europeos. Los funcionarios huyeron, las empresas privadas cerraron sus puertas. Lumumba hizo lo que pudo por retenerlos. Pero al mismo tiempo llegaban al Congo por avión tropas belgas; tuvo que romper con Bélgica, lo que acabó de asustar a la población blanca. Sin embargo, las masas querían expulsar a los belgas y les reprochaban que se fueran. Lumumba quedó impotente: se le reprochó no haberse puesto a la cabeza del movimiento. Los obreros reclamaban un aumento de salario. Reivindicación justa que el jacobino Lumumba juzgó inoportuna. Estallaron huelgas. No ya contra los belgas sino contra él. Las reprimió: era necesario salvar la economía congoleña, mantener el nivel de la producción. Y sobre todo, en las agitaciones confusas y esporádicas que lograron la africanización de los cuadros, de manera radical pero catastrófica, no reconocía su praxis política, ni su revolución ni su gente: esa gente, pensaba él, hasta ahora no había hecho nada; ahora que hemos ganado reivindican todo lo que nunca le hubieran pedido a los belgas; ¿qué tienen de común con nosotros? Ese no violento tomó posición contra la violencia, ese «evolucionado» se separó de los «noevolucionados» y de todos los «evolucionados» que no tuvieran como único objetivo el interés común. Reprimió esos movimientos espontáneos, perdiendo su última oportunidad de apoyar su poder titubeante sobre esa revolución salvaje. Por otra parte, es necesario reconocer que esa oportunidad era mínima: sin organización, sin programa revolucionario, la radicalización brutal de la independencia no desembocaba en nada. Las manifestaciones persistieron, y, desde ese momento, se pusieron en contra del Gobierno. Para identificarse con la unidad nacional, Lumumba había intentado separarse de su clase: lo hicieron volver a ella a la fuerza; a la vez que quería romper las huelgas reivindicativas, los diputados se atribuían una asignación parlamentaria de 500 000 francos: la masa **extracoutumière** descubrió conjuntamente los apetitos de los «evolucionados» y la represión

gubernamental; antes de la colonización «la élite» ganaba mucho más que los peones pero seguía siendo explotada, oprimida. En un mismo trabajo un funcionario negro cobraba la mitad que un blanco: esa desigualdad contribuía a pesar de todo a acercar a los pequeñoburgueses al pueblo: los negros estaban orgullosos, **contra los belgas**, de sus «evolucionados». Apenas llegaron éstos al poder, se descubrieron como una clase, por los salarios y remuneraciones que reclamaron. La masa creyó reconocer a los nuevos amos. Vio en el ejecutivo —como anteriormente, con razón, en la administración colonial— un poder de represión.

Todo era falso: la pequeña burguesía negra sólo podía establecer su autoridad abandonando el Congo al imperialismo, que le daría a su vez toda la gerencia del país; por otra parte, Lumumba, lejos de representar los intereses de clase de los «evolucionados», veía disminuir su poder cada día porque se oponía a ellos. Es cierto que no era en nombre de los intereses de la masa, sino en nombre del universalismo jacobino. Esto no impide que la contaminación se realizara rápidamente, se consideró al Primer Ministro como un aprendiz de dictador designado por los numerosos privilegiados, en el mismo momento en que perdían su confianza. Desde el mes de julio, Kasavubu, la ABAKO, los provocadores belgas, supieron aprovechar esta confusión; hicieron pasar a Lumumba por tirano.

Nada más lejos de su carácter: por lo demás, cuando se le acusó de abuso del poder ya no tenía siquiera la posibilidad de hacerse obedecer. Pero lo que sus enemigos vieron desde el primer momento es que, en un país dividido, la unidad nacional es una **praxis** de unificación permanente; las oposiciones se convierten fácilmente en traiciones, como decía Merleau-Poincy, cuando acrecientan la discordia y la división: el gobierno central debe reducirlas, si fuera necesario por la fuerza. Desde ese punto de vista, por muy justificadas que sean las reivindicaciones, las huelgas y los motines urbanos son tan temibles como los conflictos étnicos: estos retardan la cultura, dividen el suelo congoleño, aquéllas destruyen la producción; por todas esas razones, es indispensable que el Congo libre, en los primeros años de su infancia, no caiga muy por debajo del Congo belga de quien ha surgido: **por lo tanto**, el centralismo lleva en sí una política de austeridad social. Sin embargo, el Incorruptible —llámese Robespierre o Lumumba— debe atacar al mismo tiempo a la clase dirigente —**su propia** clase— para mantenerla en el rango de clase universal, es decir con el fin de impedir que se haga opositora del resto del país por sus exigencias, sus costumbres o un enriquecimiento rápido. Esto significa exigir, en nombre de la unidad que cada grupo social sacrifique sus intereses al interés común. Nada mejor a condición de que exista el interés común. Castro, después de algunos meses tumultuosos que siguieron a la toma del poder, le impuso a los sindicatos obreros que pusieran fin a las huelgas, que recurrieran al arbitraje en los conflictos sociales. Pero es que acababa de vencer al ejército de los feudales, de echarlos, de devolver sus bienes a las clases desfavorecidas por la reforma agraria: reclamando sacrificios por parte de todos, invitaba a los trabajadores rurales y urbanos a realizar su unidad real, su interés común que era la libre explotación de la isla por todos, en provecho de cada uno. Dicho de otro modo, el centralismo sólo puede identificar la unidad nacional y el interés común, si la revolución es socialista. Entre los «evolucionados» que toman el poder en el Congo y los peones o los obreros agrícolas, no existe todavía lucha de clases hablando propiamente, pero ya la pseudo-unidad congoleña enmascara la divergencia de intereses. Sin saberlo, el centralismo reclama ese mínimo abstracto que es la unidad nacional para que una sociedad nueva tenga oportunidad de crear sus estructuras y sus estratos. Pero ni los explotados ni los futuros explotadores piensan sacrificar sus exigencias concretas a ese porvenir todavía imprevisible: ya la existencia de unos impide que los otros puedan ceder. Los proletarios conocen las asignaciones de los Ministros. En cuanto a éstos y a todos los «evolucionados», no le harán concesiones a nadie: tienen una moral basada en el mérito; no aprovecharla de inmediato, sería en el fondo, sacrificarse a la masa de los analfabetos, es decir a los nomilitantes.

Así, a falta de un movimiento de masas, de una lucha armada, de un programa socialista, el centralismo, como praxis unificadora, le parece a todos arbitraria; esa unidad que él quiere establecer, cada uno la considera como un concepto sin contenido, cada grupo le opone su idea concreta de la unidad que, en la presente situación, es un factor de división. Lumumba tiene a todo el mundo en su contra: los partidos provinciales y federalistas, la capital, el proletariado, la pequeña burguesía que representa y que debería apoyarlo. Todavía peor; los rurales se acomodan a la independencia a condición de conservar sus «estructuras tradicionales». Pocos son los que han comprendido que los *chefs coutumiers*<sup>14</sup> eran los representantes «indígenas» de la administración belga. Pero los reyezuelos lo pierden todo cuando se van los colonos. Los belgas los compraban y los mantenían en su puesto: eso era centralizar dividiendo.

La política del gobierno congoleño consistirá en liquidar las divisiones: tiene que crear una administración negra, instruir a los funcionarios en Leopoldville, enviarlos a todas partes como únicos agentes calificados del poder. Estas medidas que se imponen a todo nacionalismo unitario anuncian la muerte de los dominios feudales: el poder cubrirá el país con una red de responsables que tomarán las decisiones en función de las órdenes recibidas de la capital y sustituirán en su autoridad a los Señores locales. Las grandes **chefferies** se preocupan: los emisarios europeos se encargaron de informarlos. Finalmente, muchos feudales —^incluso entre aquellos que se habían aliado al M.N.C. para reclamar la independencia— amanecieron un buen día antilumumbistas encarnizados. Sus tropas los seguían. En Katanga, el enemigo mortal de Lumumba, el que quizá lo haya asesinado con sus propias manos, Munongo, es hijo de rey. La secesión katanguesa que precipita el desastre es el resultado de un acuerdo realizado entre las feudalidades locales, el colonato de poblamiento y la Unión Minera.

¿Qué hacer contra tantos enemigos? En realidad, nada. Si el centralismo posee una base sólida, si tiene el apoyo de las fuerzas armadas, llegará, tarde o temprano y según el grado de urgencia, a combatir el federalismo por el terror como lo hizo Robespierre en el 93. No durante mucho tiempo. El también cayó después de haber impedido los motines populares, cuando se dieron cuenta de que ya no representaba a nadie. ¡ Pero Lumumba! Menos de una semana después de la proclamación de la independencia, el levantamiento de julio le había quitado el apoyo de la Fuerza pública. En Leopoldville se vio muy pronto que sólo la policía lo defendería —a él y a la Asamblea— contra las manifestaciones de la ABAKO. Y cuando envió al ejército para reestablecer el orden en las provincias separatistas, es verdad que éste salió pero no llegó, prefiriendo actuar por el camino, es decir, dedicarse al pillaje y a la masacre de los campesinos. Sin embargo, a ese hombre aislado de todos y que sólo posee las exterioridades del poder, se le reprocha ejercer una dictadura sangrienta.<sup>15</sup> No sin cierta razón; en realidad, considerando las fuerzas presentes y las características singulares de la situación, si un líder unitario hubiera tenido los medios, se hubiera visto obligado a renegar de sus objetivos o a recurrir al terror.

La unidad del Congo reclamaba una dictadura. No siendo concebible la del proletariado, mal instruido por sus representantes, era necesario por lo tanto que un pequeño burgués se amparara del poder contra todos.

Después del levantamiento de julio, vino la secesión katanguesa que suscitó por todas partes una corriente separatista más o menos fuerte. El tirano Lumumba fue admirable; volaba con Kasavubu, silencioso como la muerte y que lo seguía por todas partes; en el momento en que le señalaban problemas, inquietudes u hostilidad, aterrizaba en el lugar y apenas se había bajado del avión, celebraba mítines en cualquier sitio. El calor de su voz, su sinceridad, su optimismo —

---

<sup>14</sup> Cheftcoutumiers: jefes de tribus, pero no tradicionales a quienes los belgas asignaran tareas marginales en la Administración. (N. de T.)

<sup>15</sup> Kasavubu sabía que mentía cuando lo hacía responsable de las exacciones de la Fuerza pública. (N. del T.)

cándido o místico, como se quiera— seducían a todos los auditorios y con frecuencia los persuadían.

Cuando había destruido los prejuicios, calmado las dudas, respondido a las objeciones, **explicado**, sobre todo explicado, sus planes y sus razones, **detalladamente**, ganaba la partida por una noche; por una noche, en una ciudad provincial, esa dictadura de la palabra —la única que jamás haya ejercido— lograba la unidad jacobina de algunos centenares de hombres —los únicos que estuvieran politizados. Aclamado, Patricio volvía al avión, despeaba, pensaba: partida ganada; a su lado, Kasavubu pensaba: partida perdida, la palabra no tiene esa fuerza. En realidad, la tiene: a condición de ser repetida mil veces, primero por los jefes, luego por los activistas y más tarde, en el lugar, por los militantes. Lumumba estaba solo. Absolutamente solo. Después de cada despegue, se reestablecía el silencio en la pequeña ciudad que acababa de abandonar, cada uno volvía a sus intereses inmediatos, a sus prejuicios, a su grupo tribal o socioprofesional, no quedaba nada ni siquiera una semilla en un corazón. Mientras tanto, el tirano volaba por los aires; cuando aterrizaba, los pequeños blancos lo insultaban, era necesario aceptar la protección humillante —y poco eficaz, como es de suponer— de los militares belgas, de esas tropas colonialistas de las que había denunciado la acción en el Parlamento, reclamando a la O.N.U. que fueran expulsadas de África. Intenta incluso un aterrizaje en Katanga, los oficiales belgas que controlan el campo de aterrizaje le hacen saber que lo detendrán en cuanto aterrice. Lumumba quiere pasar de todos modos, los belgas apagan las luces, cierran los controles, es de noche: lo convencen de no realizar lo que no sería más que un suicidio. Finalmente renuncia, el avión vuelve a tomar altitud; da la vuelta. El Congo libre da vueltas prisionero del aire, pasando por aquí, pasando por allá, como en un juego de prendas: pues ahora el Congo, centralizado, unido en la independencia, se identifica sólo a Lumumba. Se ha jugado la partida: el recurso a las Naciones Unidas, el envío de los Cascos azules, el golpe de estado de Kasavubu, el **pronunciamiento** de Mobutu, ese guardia a las órdenes de los belgas, que se pone a la cabeza de la Fuerza pública —es decir de las bandas armadas, sin sueldo, que han venido a asaltar a todo el que pasa— la abyecta parcialidad de Hammarskjöld, las intrigas de Yolou manejado por el gobierno francés: todos esos episodios bien conocidos no son más que las etapas de un calvario inevitable. Los belgas, los franceses, los ingleses, las grandes compañías y M.H. mandaron a asesinar a Lumumba por sus hombres de confianza, Kasavubu, Mobutu, Tchombé, Munongo —y América del Norte, puritana, viró la cara para no ver la sangre. ¿Por qué tanto encarnizamiento? ¿Era verdaderamente necesario que el neocolonialismo se instaurara en el Congo por medio de ese asesinato resonante? Ese negro grande, delgado y nervioso, trabajador incansable, orador magnífico había perdido sus poderes: la atomización del Congo, hecho real, indiscutible resultado de ochenta años de colonialismo «paternalista» y de seis meses de maquiavelismo, desmentía radicalmente el sueño jacobino del Primer Ministro: había perdido sus poderes salvo quizá en Stanleyville donde, más que partidarios, poseía una clientela. ¿Si hubiera acudido allí, que más hubiera podido hacer que Gizenga, traicionado un poco más tarde, después de algunas victoriasrelámpago, por su jefe del Estado Mayor, el tío de Lumumba que prefirió la unidad restaurada del único poder eficaz, del ejército negro, al unitarismo de los políticos? El imperialismo no se preocupa por las vidas humanas; pero puesto que tenía la victoria en sus manos, ¿acaso no podía ahorrarse un escándalo?

En realidad no podía; ahí está el secreto de esas sórdidas combinaciones: Lumumba era el hombre del tránsito de poderes; inmediatamente después, debía desaparecer.

La razón está en que, en vida representaba el rechazo firme a la solución neocolonialista. Esta consiste, en el fondo, en comprar a los nuevos dirigentes, a los burgueses de los países nuevos, como el colonialismo clásico compraba a los jefes de tribu, a los emires, a los brujos. El imperialismo necesita una clase dirigente que esté consciente de su situación precaria que la lleva a ligar sus intereses de clase a los de las grandes sociedades occidentales. Desde ese punto de vista, el ejército nacional, símbolo de la soberanía, se convierte en instrumento de una

explotación doble: la de las clases trabajadoras por trabajadores por la «élite» y, a través de ella, la de los negros por el capitalismo de Occidente. Se invierte, se presta: el gobierno de la Nación independiente está en completa dependencia de los europeos y los norteamericanos. Así le sucedió a Cuba, en 1900, al terminar la guerra colonial que había ganado. El modelo es todavía válido: es utilizado diariamente. El objetivo está en reservarle al continente negro el destino de América Latina: debilidad del gobierno central, alianza de los burgueses (o señores feudales que han quedado en el lugar) con el ejército, supergobierno de los trusts. Para esa combinación se precisan hombres: en el Congo, será Kasavubu; sus ambiciones y su separatismo —incluso si acepta finalmente una federación muy dudosa— mantienen las antiguas discordias alentadas por la administración belga y, esta vez, sin que los blancos le hagan sospechosos de haberse inmiscuido en ellas. Adoula, Iléo, pueden secundarlo: su conciencia de clase está a la altura de sus apetitos: se puede contar con ellos, con la ayuda de la Fuerza pública, para terminar la constitución y apurar el desarrollo de la nueva burguesía. Hasta ahora los «evolucionados» sólo han sido asalariados, reclutados y formados por el imperialismo y convencidos por sus amos de que sus intereses coincidían con los del capital: ahora es necesario arreglar la economía congoleña, transformar a algunos asalariados en pequeños capitalistas, mantener las feudalidades rurales y dejar hacer, incluso en el campo, a las fuerzas de concentración. Ese es el programa, ese es el Congo de 1963; habiendo sido protagonista de la historia del 60 al 61, hoy es sólo el más pasivo de los objetos. La suerte de Katanga se arregló—entre belgas, ingleses, franceses, americanos, rhodesianos, blancos de África del Sur. Los combates, las ejecuciones arbitrarias, la guerra, las decisiones bruscas y contradictorias de la ONU, son los efectos y los signos de negociaciones que tuvieron lugar entre los trusts, entre los gobiernos. Si hoy todo parece arreglado, si Katanga vuelve al Congo, es que —contra Rhodesia y la Unión-Africana, contra las miras inglesas y francesas— los Estados Unidos se han puesto de acuerdo con los belgas para explotar en común las riquezas congoleñas por intermedio de sociedades mixtas.

Para preparar compromisos tan delicados era necesario comenzar por eliminar del Congo los debates y esto equivalía a suprimir a Lumumba. Este, solo y traicionado, quedaba como el símbolo abstracto de la unidad nacional; fue el Congo en el momento histórico del tránsito de poderes. Antes de él sólo existía una colonia, rompecabezas de imperios dislocados, después de él, sólo queda un país desgarrado que necesitará más de una década para conseguir su unidad nacional. Como Primer Ministro, Lumumba había perdido a sus sustentadores uno tras otro, se convertía, a pesar suyo, por la fuerza de las cosas, en el agente de un nuevo separatismo que se llamaba centralización. Cautivo pero vivo, podía convertirse de la noche a la mañana en un príncipe, un punto de unión: quedaba como el testigo de cierta política que le habían impedido desarrollar pero que podría aparecer con los primeros fracasos del nuevo gobierno, como la política de cambio, como la que no había dado la talla porque no le había dado tiempo que posiblemente, se revelaría con la práctica como la única posible. Los descontentos de la víspera se habían unido contra él, los del mañana —los mismos, posiblemente— se reagruparían alrededor de él. Un prisionero antaño idolatrado por las masas queda como una posibilidad desnuda de **praxis**; su única existencia transforma los amentos en esperanza; sus principios, puesto que permanece fiel a ellos, son para los nuevos opositores mucho más que una visión del espíritu; viven son actuales, están humanizados por aquél de quien sabemos es su guardián en su celda; se convierten en objeto de meditación fascinada por todos.

De ello se darán cuenta en Thysville, cuando los soldados que lo cuidan se amotinan: si no les pagan el sueldo, libertarán a Lumumba. Asustados por esa amenaza los dirigentes de Leopoldville se acercan a los katangueses. Acuerdo concluido: Tschombé pagará el sueldo; a cambio de ello le entregarán a Lumumba. En fin, hasta en la prisión, el Primer Ministro destituido demuestra la necesidad del centralismo. Tanto más puesto que su caída coincide con una brusca ola de disturbios y de guerras locales.

Todavía más: desde octubre puede notarse una recrudescencia de los disturbios revolucionarios. Esta vez es la base, campesinos y obreros, la que se ha movilizado contra el mantenimiento de la economía colonialista. Esos movimientos dispersos no tienen un objetivo común: sin embargo, sería posible unirlos, por encima de las antiguas divisiones, si se reunieran sus reivindicaciones en un programa común. Este temor no es descabellado: más tarde Gizenga, nuevo líder del centralismo toma medidas radicales en Stanleyville: los trusts son africanizados, los belgas asignados a residencias y sometidos a un impuesto excepcional; después de seis meses el Estado toma los bienes abandonado. Esos decretos señalan el acercamiento que se esboza entre las reivindicaciones concretas pero sin verdadera perspectiva de la masa y el jacobinismo abstracto del M.N.C. Y Gizenga no tiene la popularidad de Lumumba. Ni su inteligencia. ¿Qué no podría temerse si el antiguo Primer Ministro hubiera comprendido que era necesario volver a sumergirse en la masa, romper con los «evolucionados», darle un contenido social a su política unitaria — en una palabra, que era necesario levantar al pueblo contra la mistificación neocapitalista? En realidad, ese es todo el problema: el jacobinismo es pequeñoburgués, subordina la economía a la integración política y tropieza sin cesar con las reivindicaciones de las masas a quienes acusa de sabotear la unidad.

Este conflicto le permite generalmente a los enemigos derrotar sucesivamente al movimiento unitario y al movimiento social. Pero, si sucede que los jacobinos sobreviven algún tiempo — cosa muy infrecuente— despiertan con sus reveses y vuelven al punto de partida: la unidad no es ya el comienzo sino un momento intermedio, el único medio de soldar los intereses de las masas y sus exigencias; es también el objetivo final de una revolución económica, social y política, que debe, so pena de estallar, radicalizarse sin cesar. Conocí a jóvenes de las ciudades, antiguos estudiantes surgidos de las capas medias, que formaban parte del gobierno de Castro: eran jacobinos contra Batista; integrados a los Rebeldes no les costó ningún trabajo abandonar provisionalmente su ideal político para recobrarlo seguidamente **a través** del movimiento de la construcción socialista. Robespierre, Lumumba, murieron demasiado pronto para lograr la síntesis que los hubiera hecho invencibles. Además, en la Francia del 89 así como en el Congo de 1961, las masas, en su mayoría, siguieron siendo rurales; entre nosotros, el proletariado no había nacido o no se había desarrollado verdaderamente; en el Congo, el paternalismo belga lo paralizó. En ninguno de los dos casos los explotados poseen representantes ni aparato que pueda solicitar a los políticos la búsqueda de la unidad en la lucha contra la explotación. De todos modos, en el Congo existen tres millones de negros proletarios; si Lumumba hubiera vivido nadie sabe si, decepcionado por su clase, se hubiera visto obligado a erguirse contra ella. La ficción que nunca denunció, la idea descabellada y burguesa de «clase universal» podía, en ciertas condiciones, facilitar los acercamientos: Lumumba podía abordar a los líderes locales de los movimientos revolucionarios sin complejos: ni vergüenza ni superioridad. A partir de esa igualdad abstracta, podía surgir la luz, podía comprender al fin lo que se ha llamado «la vocación socialista de África», y que puede reducirse a este dilema: neocolonialismo o socialización. Él **podía** hacerlo: empleo esta palabra, no para evocar una posibilidad abstracta sino para definir el temor que inspiraba aun entre cadenas, a sus enemigos. El imperialismo es lúcido: si deja ver su mano a los excolonizados, si estos pueden adivinar su intención de esconder tras una comedia política el mantenimiento de una economía de superexplotación, sabe perfectamente que las masas se unirán contra los políticos, sus cómplices. La confusión congoleña llegaba al extremo pero los congoleños hubieran comprendido rápidamente si alguien les hubiera explicado que servían al enemigo: Lumumba se había enterado en poco tiempo de que Bélgica traicionaba la palabra dada, que la Unión Minera fomentaba y apoyaba las secesiones contra el gobierno de la exmetrópolis, que los soldados de la ONU, enviados para mantener el orden, habían protegido a Kasavubu el separatista y dejado al Primer Ministro centralista a merced de sus enemigos: aun para un pequeñoburgués que se decía ignorante de la economía, no se necesitaba mucho tiempo para extraer conclusiones molestas. En fin, lo que temían principalmente los evolucionados y las Grandes compañías, era la radicalización de Lumumba por las masas y la

unificación de las masas por Lumumba. Puede decirse que su asesinato selló la alianza reciente del imperialismo y de la pequeña burguesía negra: desde entonces hay un cadáver entre ellos.

Pero el prestigio del Ministro congoleño se extendía mucho más allá de las fronteras de su país. Manifestaba la necesidad de un África unida. No a la manera de Estados conquistadores que debajo de «unidad» ponen «hegemonía». Por el contrario, por la debilidad del régimen, por ese valor inflexible y esa impotencia fatal pero inmerecida que daban a todos los países negros el deber de socorrerlo. Y esa obligación estricta y urgente no era generosidad. Ni tampoco solidaridad idealista. En realidad, las naciones africanas descubrían en el Congo su destino, el destino de África; los países neocolonialistas descifraban la mistificación que los había liberado de todas sus cadenas salvo de la superexplotación; los demás, aquellos que habían evitado por conveniencia la «congolización» descubrían el mecanismo, el papel jugado por la divisiones internas en este desmoronamiento; pensaban que todavía no se había salvado nada, que era necesario luchar contra los separatismos a escala continental, si no d África entera no escaparía a la balkanización. En ese aspecto, el fracaso de Lumumba fue el panafricanismo. N'Krumah experimentó la más amarga decepción: desde Julio había enviado tropas de Ghana al Congo bajo la autoridad de las Naciones Unidas que las emplearon, a pesar de las protestas de Ghana, en contra de Lumumba; la experiencia les enseñó entonces que la O.N.U. no era una organización imparcial que fallaba con toda objetividad sobre los conflictos del Tercer Mundo, sino un sistema estrictamente dirigido a defender por todas partes, en Occidente, el imperialismo, aun si las Repúblicas populares y las Naciones afroasiáticas pertenecían a la Organización. Pero toda África, humillada por no haber podido salvar al hombre de Accra, se enteró enseguida de la suerte que se le reservaba a los «neutralistas». Lumumba, en un momento de exasperación, indignado por la actitud de Hammarskjöld, había apelado a la U.R.S.S. que le había enviado aviones. En esa oportunidad, había aplicado el principio más estricto del neutralismo: comenzar con todas las naciones, sin tomar su régimen en consideración, aceptar o pedir, en caso de apuro, una ayuda eficaz con la condición de que fuera desinteresada. Con eso bastó: las Misiones se apresuraron a bautizarlo de comunista. El imperialismo tampoco perdió la oportunidad: lo peor fue que se encontró cogido en sus propias redes y tomó a ese «evolucionado», hijo de católico, casado religiosamente y padre de católicos, por un agente secreto del Kremlin. Si queremos juzgar mejor la situación, compárese este llamado desesperado del jacobino «sin opción económica» con lo que pudo hacer Castro en una isla pegada a las costas de Norteamérica. Y no nos equivoquemos: la victoria de éste procede precisamente de que se ha puesto a la cabeza de una revolución socialista: el fracaso del congoleño, el nombre de «comunista» con que creen infamarlo, todo proviene sencillamente del hecho de que no ha querido enfrascarse en la modificación de la infraestructura del país. África comprendió: cuando un jefe de gobierno «independiente» le pide ayuda a los soviéticos, los occidentales lo destituyen. El neutralismo quedará como una vana declaración de principios, mientras los distintos Estados del continente negro no se unan para imponerlo.

Lumumba vivo y cautivo es la vergüenza y la rabia de un continente entero: está presente en todos como una exigencia que no pueden cumplir ni echar de lado; **en él** cada uno descubre el poder y la ferocidad de la combinación neocolonialista. Por lo tanto, es necesario terminar lo más pronto posible; el imperialismo conserva las manos limpias; sus dos principales representantes, Kasavubu y el despreciable Mobutu, tienen interés ante sus pueblos en no haber vertido esa sangre. Tschombé matará: de todos modos, la Unión Minera y los colonos lo han comprometido en tal modo, ha puesto tanto interés en venderse, que pronto será necesario liquidarlo a él también. Se borra a un negro, que se había hecho Primer Ministro y que ha tomado en serio su misión; se encarga de nuevo a Kasavubu para que forme un gabinete. Se encarga, supongo, que el muerto estorbe menos que el vivo: un difunto se olvida; ¿qué puede hacerse por él? ¿de él? Toda razón para llamar a sus hermanos a una cruzada libertadora será arrebatada a los africanos demasiado agitados con el bayonetazo que Munongo se encargará, según dicen, de administrar. En todo caso, éste es el cálculo. Como es natural, es falso.



Muerto, Lumumba deja de ser una persona para convertirse en África entera, con su voluntad unitaria, la multiplicidad de sus regímenes sociales y políticos, sus divisiones, sus discordias, su fuerza y su impotencia: no fue ni podía ser el héroe del panafricanismo, fue su mártir. Su historia ha revelado, para todos, el nexo profundo de la independencia, de la unidad y de la lucha contra los trusts. Su muerte —recuerdo a Fanón, en Roma, estaba emocionado— es un grito de alarma; en él, todo el continente muere para resucitar; las naciones africanas comprendieron: lo que decía Accra, Addis-Abeba **se dispone a hacerlo**: crearán un dispositivo común que les permita ayudar a las luchas revolucionarias en los países que no han adquirido toda la independencia. La unidad, es la guerra; bajo la influencia de Argelia, algunos comprenden cada vez mejor que es también, la revolución socialista.

El Congo sólo ha perdido una batalla. Al abrigo del Ejército Nacional Congoleño (A.N.C.) la burguesía congoleña, esa clase de traidores y de vendidos va a perfeccionar su obra y a constituirse en clase de explotación. La concentración capitalista vencerá progresivamente las feudalidades, unificará a los explotados, se darán todas las condiciones de un castrismo. Pero los cubanos honran la memoria de Martí, que murió a fines del siglo pasado sin ver la victoria de Cuba sobre España ni la dominación de la Isla por el imperialismo de los Estados Unidos. Y el Castro congoleño, dentro de algunos años, si quiere enseñarle a los suyos que la unidad se conquista, recordará a su primer mártir, Lumumba.

Artículo tomado del libro de Jean-Paul Sartre, **Situations, V**, (Situaciones, V); editado en París por Gallimard nrf., en 1964.